

DESTINO



AVANCE EDITORIAL

¡Sé el primero en leerlo!
En librerías desde el **4 de junio**

Facebook.com/edicionesdestino



@EdDestino



Nunca he vuelto a tener amigos
como los que tuve a los doce años.
¿Acaso es posible?

Gordie Lachance
en la película *Cuenta conmigo*

Prólogo

1974

Mis manos se elevan, como dos flores blancas, juegan con el aire dulce impregnado por el cuero de los tapizados y templado por la calefacción. Mamá conduce; se vuelve a intervalos regulares y me dedica una sonrisa que trata de capturar. Me habla de la lluvia, que martillea el techo de chapa, de un letrero apenas visible y de cosas que no entiendo, pero sobre todo me habla del Pinto, una palabra que he aprendido recientemente y que repito con entusiasmo.

—¡Pinto!

—¡Sí! —dice mamá—. Es nuestro. ¿Verdad que es precioso? Nunca más volveremos a tomar el autobús.

«Autobús» es otra palabra cuyo significado conozco pero que no he conseguido pronunciar aceptablemente. Me limito a abrir mucho los ojos y a observar a mamá en el espejo retrovisor, que ella ha acomodado para poder verme. El rosario de madera que pende de él me hipnotiza durante un instante.

—¡Pinto! —vuelvo a gritar.

La oscuridad nos aprisiona en su puño esponjoso. Los limpiaparabrisas funcionan a su máxima potencia y apenas pueden contrarrestar los embates del diluvio. Cuando una fisura de luz desgarrar la noche, una cornamenta de ramas azuladas atraviesa el coche. Los relámpagos me asustan, y éste en particular hace que descargue un puntapié involuntario y que Boo, el oso de peluche que suele acompañarme cuando salgo de casa, caiga desde el asiento trasero. Aguardo unos segundos, a la espera del trueno fracturado que no tarda en hacerse oír, e intento incli-

narme. Boo es una forma gris e informe en el suelo. Las correas de mi silla adosada al asiento trasero no me permiten alcanzarlo. Con esa desesperación característica que antecede al llanto, observo a mamá, que aferra el volante con fuerza, ligeramente inclinada hacia delante, escrutando la lengua de asfalto que a duras penas nos marca el camino, y pienso que no es momento de importunarla. Tengo un año pero puedo darme cuenta de eso.

Paseo la vista por el interior del coche y con el rabillo del ojo capto mi propio reflejo a la derecha, en la condensación del cristal. El gorro blanco de lana es lo primero que me llama la atención. Se asemeja a la vela de un barco navegando en el oscuro bosque que desfila detrás. Estiro el brazo en esa dirección pero mis dedos no llegan a tocar la ventanilla, no importa cuánto lo intento. En cambio descubro que soy capaz de comandar a distancia ese triángulo fantasmal. Agito la cabeza con vehemencia y la vela del barco imaginario hace lo mismo, capeando las olas negras y traicioneras de la noche. Lo hago una y otra vez. Con cada intento, mis capacidades de mando se van perfeccionando.

—Alguien se lo está pasando en grande allí atrás.

Interrumpo el zarandeo frenético. La voz de mamá tiene ese efecto; el mundo parece detenerse cuando ella habla. Me dedica otra de sus sonrisas contagiosas, esta vez por encima del hombro.

Mi vocabulario se reduce a un puñado de palabras, ninguna de las cuales me sirve para explicar que he estado imaginando un velero que nos hace compañía, y mucho menos que puedo comandarlo a voluntad con el movimiento de mi cabeza. Decido, como tantas otras veces, limitarme a sonreír. Pero entonces recuerdo a Boo, tendido boca abajo en el suelo, y me estremezco.

—Boo —balbuceo.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunta mamá mientras desatiende un instante la carretera y me mira.

Rápidamente lo comprende. Mamá se incorpora, regresa la vista al frente e introduce el brazo derecho por el espacio entre los dos asientos delanteros, para lo cual debe adoptar una posición ligeramente contorsionada. Entonces advierto cómo su mano derecha palpa el asiento primero y una de mis zapatillas después. Sonrío cuando sus dedos ejercen una suave presión en torno a mi pie diminuto.

—¿Éste es Boo? —pregunta ella, divertida.

Río con ganas y propino una torpe patadita que me libera de la mano prensil. Me inclino todo lo que las correas de sujeción me permiten y observo la mano de mamá —ostensiblemente alejada de Boo—, que tantea ahora el suelo del coche. Quiero decir algo para guiarla en la dirección correcta, pero mi atención se centra en la exploración. Los dedos de mamá se asemejan a una araña blanca y enorme que despiertan en mí una curiosidad inusitada, como el reflejo de mi gorro en la ventanilla instantes atrás. De pronto advierto con regocijo que se lanzan en la dirección correcta: la gran araña avanza con paso lento y decidido en pos de su presa. Mamá debe inclinarse todavía más, para lo cual reduce la velocidad del coche y se las arregla para mantener la línea de vista sobre el salpicadero. Emite un quejido cuando hace el último esfuerzo y finalmente su dedo índice se posa sobre una de las orejas de Boo. Sin embargo, aun en mi precario entendimiento de la situación, sé que aquello no es suficiente. El dedo de mamá rasca el suelo del coche intentando tirar de aquel trozo de tela, pero no lo consigue.

—Boo —digo en un susurro ahogado. Quiero explicar que no lo necesito, que puedo esperar hasta llegar a casa para recuperarlo, pero sólo soy capaz de repetir su nombre.

Y entonces sucede algo que activa en mí un mecanismo instintivo, un miedo visceral hace que mi cuerpecito rollizo tiemble como una hoja otoñal ante una ráfaga helada.

da. Es la misma sensación que me genera la oscuridad, o la soledad, pero acentuada. Mamá se ha inclinado más de la cuenta y ha perdido el contacto visual con la carretera. Su mano se cierra sobre Boo, al que apresa con determinación, y eso hace que el Pinto zigzaguee peligrosamente.

Abro los ojos al máximo. Mi vista se clava en el espejo retrovisor. El rosario se sacude violentamente.

Tras una vacilación, mamá hace que su mano, que finalmente ha conseguido capturar a Boo, regrese al asiento delantero con la velocidad de una serpiente. Su silueta se endereza con un movimiento rápido y vuelve a aferrar el volante con las dos manos. El Pinto recupera el rumbo ayudado por una corta aceleración. Vuelvo a respirar con normalidad. La lluvia sigue arreciando, los truenos se quejan en la distancia y la chapa del techo bulle en un crepitar de picotazos, pero en el interior del Pinto la sensación de peligro comienza a desvanecerse.

Mamá se vuelve, ensayando una sonrisa tranquilizadora, y me extiende a mi oso de peluche, al que acojo en mi pecho. Nuestras miradas se conectan. Es en esos momentos cuando no importa que apenas pueda pronunciar unas pocas palabras, porque todo queda dicho con ese poder telepático que comparten las madres con sus bebés. Su sonrisa se ensancha. «Mamá es hermosa», pienso, y me detengo en su rostro terso, de ojos grandes, mentón afilado y pómulos rosados; en su espesa cabellera rojiza. Cada detalle se graba a fuego en mi mente para poder reproducirse más tarde..., en sueños.

Es entonces cuando el parabrisas del Pinto se convierte en una bola de luz. Un golpe monstruoso en uno de los laterales hace que el coche salga despedido hacia un costado con violencia, como desplazado por el manotazo desinteresado de un gigante. La carrocería gira sobre un eje imaginario y surca la noche cruzando el carril contrario. La luz cegadora es reemplazada por una masa oscura de ramas y troncos gruesos que rotan frente al parabrisas

hasta quedar cabeza abajo. Inmediatamente siento la presión de las correas de sujeción de mi silla, aplastándome el pecho, y Boo se escabulle de mis manos. Mamá grita. Su cuerpo se sacude hacia uno y otro lado. Se produce un instante de expectación mientras el Pinto nuevo, que mamá ha comprado con un plan de pagos casi inaccesible —un esfuerzo titánico para una madre soltera que se gana la vida como enfermera—, corta el aire describiendo un tirabuzón y se incrusta en un roble comprimiéndose como una lata de refresco. La inercia hace que la carrocería dé un medio giro adicional y el techo se hunda al dar de lleno en otro árbol.

Todo ha sucedido a una velocidad asombrosa. El silencio que sucede al accidente es tan profundo que la lluvia y los truenos tardan en volver a hacerse oír.

Al principio no veo nada. Parpadeo una y otra vez sin otro resultado que una negrura absoluta. El gorjeo de la tormenta es mi único nexo con la realidad. Cuando intento moverme, las correas me lo impiden. Descubro con horror que ni siquiera puedo gritar o romper en llanto; apenas hincho el pecho, un insoportable ardor me hace callar. Finalmente sacudo la cabeza, como minutos atrás lo hiciera con alegría para maniobrar mi velero imaginario, pero ahora con el único propósito de liberarme de la aterradora capucha de oscuridad. Entonces mi frente choca con algo. Decido permanecer inmóvil mientras los contornos comienzan a bosquejarse. Lo que tengo delante es una gran abolladura del techo que forma una curva milagrosa sobre mi cuerpo. Mamá debe de estar al otro lado, razono con desesperación. No puedo oírla, pero debe de estar allí.

El coche descansa sobre uno de sus lados, pero mi silla sigue afirmada en el centro del asiento trasero. Moverse en semejante posición, con el techo a escasos centímetros y las correas ejerciendo presión, resulta imposible. Estiro el cuello todo lo que puedo, hasta que mis ojos están muy

cerca de la chapa, y así logro divisar el espacio entre los dos asientos delanteros. Lo que veo me hiela el corazón.

El rostro de mamá se ha convertido en un globo blanco de ojos inexpresivos atrapado en una telaraña roja. Su mirada vacía me atraviesa.

—Mami —musito con un hilo de voz.

No puedo dejar de mirarla. El cuello me duele a causa de la posición pero no puedo apartar mis ojos del único ser querido que tengo en el mundo.

En algún momento pierdo el conocimiento, o eso creo.

No sé cuánto tiempo después, escucho un forcejeo al otro lado de la abolladura. Intento gritar pero el dolor en el pecho me silencia.

El cuerpo de mamá es arrastrado. Su rostro ensangrentado desaparece.

Alguien se la ha llevado.

Alguien... o algo.

Primera parte

Presunción
1985

I

El caserón de la calle Maple había estado abandonado desde que tengo uso de razón. Lo había visto centenares de veces desde mi bicicleta, con su fachada tiznada asomando detrás del robusto muro de piedra.

En la escuela no faltaba quien asegurara conocer a alguien que se había colado en plena noche con un grupo de amigos, que la mansión tenía galerías secretas, pasadizos, que estaba embrujada. Decían que por las noches las puertas y ventanas que aún quedaban en pie se abrían y se cerraban solas, que espectros lívidos aparecían por los rincones y que los ángeles de piedra que decoraban las fuentes del jardín bajaban de sus pedestales y vagaban entre la maleza crecida. Eran historias que se retroalimentaban de sí mismas y de la inventiva y las ansias de popularidad de algunos niños. Personalmente, me tenían sin cuidado. Me gustaba pasar el rato frente al portón de rejas de la entrada, contemplar el candado de acero, el sendero de piedra que llegaba hasta la imponente construcción, o el invernadero adosado al que prácticamente no le quedaban cristales sin romper.

El día que encontré a un ejército de hombres descargando muebles y cajas rotuladas de dos camiones gigantes sentí cierta decepción. Eso fue en plena época de clases, y escabullirme de mis obligaciones no fue sencillo, pero logré seguir el proceso de mudanza con bastante esmero desde un árbol que se convertiría en mi mirador privado.

Por aquel entonces avisté al que, intuí acertadamente, sería el dueño de casa: un hombre delgado vestido como

un diplomático, de cabello peinado con fijador y el andar de un gendarme. Se presentó unas pocas veces durante las semanas que duró la mudanza, dio algunas indicaciones, pero no participó demasiado del circo. Todo fue delegado en un hombre de unos cuarenta años, cuyo rostro creí reconocer de algún lado, y que se dedicó con ahínco al operativo. Además de los cargadores, llegó un equipo de limpieza formado por una tropa de mujeres con brazos como los de Rocky, traseros grandes como almohadones y el andar coordinado de hormigas. También se sumó un batallón de jardineros que, como pude constatar desde el árbol que había escogido como punto de observación, tenía mucho que hacer en aquellos jardines anárquicos. Varios peones se ocuparon de reponer tejas faltantes, pintar las paredes exteriores, pulir el mármol de las escalinatas y tantas otras faenas. En un mes, la casa había perdido ese aspecto maléfico tan característico.

La familia se mudó un templado día de otoño que la fortuna me llevó a presenciar. Un Mercedes negro se detuvo frente a la escalinata principal, y el diplomático se apeó para rodear el coche y abrir la puerta del acompañante. Una mujer joven con ínfulas de reina observó la fachada con desdén; llevaba gafas oscuras y un pañuelo colorido en el cuello que me llamó particularmente la atención. Sostenía un bebé en brazos. Su marido hacía ademanes grandilocuentes en dirección a la casa cuando la puerta trasera del coche se abrió, y fue entonces, al ver apearse a una niña más o menos de mi edad, que supe que había habido un propósito divino detrás de mi inusitado interés por la llegada a la ciudad de aquella familia rica.

Así conocí a Miranda, de quien me enamoré perdidamente, posiblemente en ese preciso instante.

En poco tiempo, el desembarco de la familia Matheson era vox pópuli, y la verdadera historia en torno a ellos, mucho menos espeluznante que las que pululaban en el patio de la escuela, empezó a hacerse oír. Preston Mathe-

son, que resultó no ser un diplomático sino un hombre de negocios, regresaba desde Canadá a la casa familiar donde había vivido hasta los veintinueve años. Nadie conocía las razones de su regreso, pero tampoco por qué se había marchado años atrás. Ni siquiera había vuelto cuando sus padres murieron relativamente jóvenes de enfermedades fulminantes. En la tienda de Donovan escuché a un hombre que le decía a otro que esas cosas eran frecuentes en las familias adineradas. Yo no lo sabía porque en la granja nunca teníamos dinero.

Miranda se convirtió en mi obsesión. Desde el día en que la vi, de pie junto a ese coche reluciente, cada instante que la observé caminando por los jardines, detrás del cortinado de su habitación o en el invernadero, donde tomaba clases particulares, fueron tesoros que guardé celosamente. Memoriqué sus vestidos, peinados, gestos, e imaginé su voz, sus juegos favoritos y todo aquello que la distancia no me permitía saber de primera mano. El árbol que hizo posible que me entrometiera en la vida de los Matheson de semejante manera era un olmo enorme situado fuera de la propiedad, justo en una esquina, que ofrecía una magnífica vista de la entrada y de una de las caras laterales de la casa. Con el paso de los días aprendí a escalar su tronco en segundos, y qué ramas resultaban más convenientes de acuerdo con mis necesidades del día. Había dos o tres donde podía tenderme cómodamente y esperar un atisbo del cabello rubio de Miranda, su silueta detrás de alguno de los cristales o cualquier otra cosa. En mi paraíso verde, una gran cantidad de tiempo se consumía en esperas.

Hacia finales de la primavera de 1985 había logrado dejar atrás con relativa sencillez el séptimo grado, y mi conocimiento de la rutina de la familia Matheson era considerable. Llevaba dos meses de observación paciente y había logrado reunir el valor suficiente para llevar adelante algo que estuvo en mi mente casi desde el principio.

Ese día en que el calor veraniego todavía no nos había echado las zarpas y soplaba una agradable brisa, repetí el ritual de siempre, oculté mi bicicleta detrás de una fila de cubos de basura y la miré con cierta tristeza: mi vieja Optimus no desentonaba en absoluto en medio de la basura. Cualquiera que la viera pensaría que alguna de las familias pudientes de esa zona residencial había decidido finalmente deshacerse de ella después de conservarla en el desván por alguna razón incomprensible. Me alejé por la calle Maple, con mi mochila a cuestas, intentando disimular mi falta de pertenencia. Era una tarde apacible y no me crucé con nadie, lo cual me privó de una excusa para echar atrás el descabellado plan que pretendía llevar adelante. Sabía que si algún niño salía de cualquiera de las casas monstruosas cuyos jardines me desafiaban, sería suficiente para echar a correr y olvidarme de todo. No haría falta que me lanzaran una mirada ponzoñosa o que hicieran algún comentario acerca de mi ropa gastada, su sola presencia haría que mi amedrentado subconsciente ordenara una retirada inmediata.

Antes de cruzar Redwood Drive clavé la vista en el olmo que día tras día me servía de escondite. Avancé sin mirar hacia los lados, sopesando seriamente la posibilidad de cancelar mis planes para ese día, cuando el aire se desgarró delante de mis narices y el rugido de un motor se mezcló con una bocina enardecida. Me detuve inmediatamente, mi cuerpo rígido como una tabla y mis pies convertidos en columnas de acero. Contuve la respiración mientras el coche que acababa de virar desde Maple y había estado a punto de atropellarme se perdía en la distancia. Observé con resignación que se trataba de un Pinto. Hacía cinco años que la Ford había interrumpido la fabricación de esos cacharros y, sin embargo, todavía pululaban como moscas. Los odiaba.

Respiré profundamente. Con los dedos pulgares calzados en las correas de mi mochila me dispuse a reanu-

dar la marcha, bordeando el muro de los Matheson hasta llegar a la entrada señorial. El imponente portón de hierro forjado aumentaba mi vulnerabilidad, pues desde cualquier ventana de la casa podrían verme. El alma me abandonó cuando comprendí que había olvidado sacar de la mochila el paquete que llevaba conmigo. Extraerlo allí mismo, a la vista de cualquiera, me resultó imposible. Decidí recorrer unos metros más, quitarme la mochila y explorar el contenido hasta dar con la cajita de cartón que había preparado la noche anterior. Entonces me dispuse a regresar sobre mis pasos, para lo cual fingí un olvido histriónico dedicado a una audiencia inexistente, y volví al portón, esta vez con el envoltorio en la mano. Lo deposité encima del buzón y repasé las siete letras.

Miranda.

Una vez bajo la protección del olmo, la incertidumbre casi me vence y dos veces estuve a punto de bajar para recuperar el paquete. Si no lo hice, fue porque una de las criadas debía de estar a punto de regresar del mercado y, si me veía merodeando en el portal de la casa, mi situación se complicaría de un modo inimaginable. Además, en el invernadero, Miranda ya había iniciado su ritual de estudio de la tarde, y no iba a perderme por nada del mundo.

El invernadero era una prolongación acristalada del ala este, que los jardineros habían poblado de vistosas plantas para deleite de Sara Matheson, que había hecho de aquel sitio su reducto de relajación, o eso me parecía a mí. En una esquina, apartada de las estanterías atiborradas de macetas y productos de jardinería, una mesa redonda había sido dispuesta para que Miranda tomara sus lecciones. Una mujer de semblante fúnebre —a quien yo había bautizado como la señora Lápida— se encargaba de instruirla dos veces a la semana. El resto de los días, Miranda procuraba estudiar en soledad, algo que conseguía con resultados dudosos a juzgar por las constantes

distracciones que me había tocado presenciar. Éste era uno de esos días en que estaba sola, y la verdad es que no parecía muy interesada en el libro que tenía delante. Las circunstancias no podían ser mejores, pensé con regocijo.

De la mochila extraje un estuche de cuero al que manipulé como si se tratara de un cartucho de dinamita. Lo abrí con cuidado y dos ojos de cristal enormes me clavaron una mirada acusadora. Extraje los prismáticos consciente de que un error de cálculo haría que aquel prodigio de la óptica se precipitara más de cinco metros y se estrellara en la vereda junto con mi futuro en la granja de los Carroll. Perteneían a Randall Carroll, que los había heredado de su padre y éste a su vez del suyo. Cogerlos subrepticamente de su mesilla de noche había sido una acción arriesgada, y posiblemente estúpida, cuyas represalias apenas podía empezar a imaginar.

Pero me obligué a no pensar en los problemas que aquellos prismáticos podrían ocasionarme, y en cambio aprovecharía las ventajas de tenerlos conmigo por primera vez. Me aseguré de enlazar la correa en mi cuello y luego me aposté en una horqueta. Un claro entre las ramas me ofrecía una excepcional visión del invernadero, en especial de la esquina en la que Miranda simulaba estudiar. Levanté los prismáticos y observé.

Al principio, el damero de cristales rectangulares me desconcertó. Barrí el invernadero, apenas deteniéndome ante el colorido de algunas flores, hasta toparme con la mesa tapizada de libros primero y uno de los brazos de Miranda, después. Lo escalé con el corazón galopando de excitación. La nitidez de la imagen era asombrosa. Cuando llegué a su rostro me quedé de piedra. Una sonrisa tibia asomaba y desaparecía, como el sol en un día nublado. Nunca me había sentido tan cerca de Miranda. Era como estar a su lado, robándole instantes sin que ella lo supiera; «como si yo fuera invisible», pensé con

una mezcla de fascinación y vergüenza. Cuando bajé los prismáticos por primera vez, la visión distante que tantas satisfacciones me había dado en el pasado se me antojó ahora insulsa e insuficiente. Volví a observar a través de las lentes mágicas, y esta vez me sumí en una exploración concienzuda de aquella niña preciosa, escrutando cada centímetro de su rostro, peinando su cabello y los pliegues de su vestido rosa una y otra vez. Sabía que la experiencia no se repetiría, pues no volvería a correr el riesgo de sustraer los prismáticos nuevamente, así que debía aprovecharla.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando Miranda se puso de pie de un salto y echó un vistazo a los jardines, asegurándose de que los únicos observadores eran los estáticos ángeles de piedra que lanzaban agua por la boca. Caminó hasta el amplio corredor central del invernadero, se plantó en el centro y, tras una ligera reverencia, comenzó a moverse grácilmente, sacudiendo la larga cabellera rubia y batiendo la falda con las manos. Daba saltitos hacia uno y otro lado, como una gacela, mientras movía los labios o cantaba, difícil para mí saberlo. Cada tanto giraba como un trompo, sus brazos extendidos, y su vestido se hincha para dejar al descubierto sus piernas delgadas. Seguí la danza con fascinación. Entonces algo sucedió en el invernadero. Miranda se detuvo en plena pirueta y corrió de regreso a la mesa. Se arregló el cabello con las manos y fijó la vista en el primer libro que encontró. Aparté los prismáticos para disponer de una visión global y advertí la razón de la inopinada interrupción. En la puerta vi a una de las criadas, y por segunda vez en pocos minutos el corazón me dio un vuelco. Aquella muchacha menuda de rostro asustado se suponía que debía estar en el mercado. Si ya había regresado, entonces...

Calcé los tubos de acero en mis ojos hasta que las cuencas me dolieron. Escruté con desesperación el uniforme de la criada, el delantal blanco y su rostro culpable. La

mujer decía algo, posiblemente se excusaba por la intromisión. En sus manos sostenía el paquete que minutos antes había estado en mi mochila. Se acercó a la mesa, lo dejó allí y se marchó.

Miranda observó el envoltorio durante un largo rato. Por un momento pensé que lo dejaría allí abandonado, pero era un pensamiento absurdo, porque nadie, ni siquiera una niña rica que lo podía tener casi todo con un simple chasquido de dedos, podía resistirse al misterio y la sorpresa. Finalmente cogió la cajita de cartón y desató la cinta celeste que yo había utilizado para mantenerla cerrada. Se quedó mirando su nombre escrito en la tapa y entonces hizo algo sorprendente, al menos para mí. Primero levantó la cabeza y volvió a mirar hacia los jardines en busca de alguien que pudiera estar observándola. Cuando se aseguró de que no era así, retiró la tapa y la dejó a un lado. Se quedó mirando la cajita con las manos en el regazo y la cabeza gacha, como si examinara un camino de hormigas. Su mano asomó sobre la mesa y cogió la gargantilla plateada. La sostuvo frente a su rostro con algo parecido al desprecio, aunque me obligué a pensar que era fruto de la sorpresa y no del desagrado por una baratija de hojalata que, aunque me había costado semanas enteras de ahorro, no era más que bisutería. La medalluna que pendía del centro era tan diminuta y delgada que ni siquiera las inquebrantables leyes de la óptica eran capaces de revelarme su existencia desde mi posición. ¿En qué había estado pensando yo para hacerle ese regalo? Era ridículo pretender impresionar a Miranda con una alhaja de tres dólares del bazar Les Enfants. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Miranda dejó la gargantilla a un lado y descubrió que en el fondo de la cajita había algo más. Desplegó la hoja doblada y la leyó.

Mientras sus labios se movían, recité en mi cabeza las palabras que conocía de memoria.

Me basta con soñar tu sonrisa,
sentir en un pétalo tu piel,
imaginar tu rostro en la lluvia.
La razón no engaña al corazón.

En uno de los momentos de mayor incertidumbre que pueda recordar, Miranda volvió a colocar la nota en su sitio y agarró la gargantilla otra vez. Con un poco de dificultad, logró abrir el broche y se la colocó. Posó una mano sobre la medialuna y sonrió.

Se me escaparon algunas lágrimas mientras la imitaba, llevándome una mano al pecho, donde otra medialuna igual a la suya, reposaba debajo de mi camiseta.

Bajé los prismáticos. Me recosté en la rama del olmo y contemplé el corazón que había tallado en la corteza, en un sitio donde nadie más que yo podría encontrarlo jamás.

